

Miguel Ángel Serrano Monteavaro

JOHN KEEGAN. LA GUERRA
DISTINTA Y DISTANTE

[Visitar la WEB](#)

[Recibir BOLETÍN ELECTRÓNICO](#)

JOHN KEEGAN. LA GUERRA DISTINTA Y DISTANTE

Resumen:

La historiografía, las maneras de historiar, han variado a lo largo del tiempo, como era de esperar; también ocurre este fenómeno en la historia y la investigación militar. J. Keegan, recientemente fallecido, puede ser un ejemplo, así como la polémica que suscitó en torno a Clausewitz. Por otro lado, la guerra, lamentablemente, parece indisolublemente unida al destino del hombre.

Abstract:

Historiography and historicizing forms have changed over time. As expected, this phenomenon also occurs in history and military research. J. Keegan, recently deceased, may be an example, as well as the controversy surrounding around Clausewitz. On the other hand, war, unfortunately, seems inextricably linked to the destiny of man.

Palabras clave:

Historia, guerra, polemología, el hombre y su destino.

Keywords:

History, war, polemology, man and his destiny.

“El potro que ha de ir la guerra ni lo mata el lobo ni lo aborta la yegua” (refrán castellano)

Las contiendas, los conflictos bélicos, no han desaparecido actualmente, ni desaparecerán, por lo que estamos viendo, mientras haya seres humanos sobre la Tierra. Pero sí ha evolucionado su concepción, su desarrollo, su resolución, hasta el punto de que hoy en día creemos que el concepto de guerra como enfrentamiento militar entre formaciones de profesionales ha sido superado.

La aparición de las guerrillas, como movimientos que intentaban provocar un cambio político revolucionario, ya implicó a los ejércitos de los países que las padecían en los problemas de la propia Seguridad interna.

Luego surgió el crimen organizado, el terrorismo en sus más diversas ideologías, el narcotráfico, el ciberterrorismo..., con lo que las fuerzas armadas tuvieron que implicarse en otras tareas fuera de sus fronteras.

Lo que si continua sin la menor esperanza de cambio es la celebración de la muerte, la destrucción, los crímenes que traen consigo las contiendas, las guerras, en su más pura acepción de “dialéctica de voluntades hostiles”, en palabras de Alonso Baquer (“Seguridad y Defensa en los medios de comunicación social” 2003). En suma, como reconoce Hannah Arendt, “La guerra y la revolución constituyen aún los dos temas políticos de nuestro tiempo” (“Guerra y revolución” 1988).

Y, sin embargo, todavía hay quienes siguen manteniendo que las guerras son ocasión de que se ponga en juego la solidaridad, el heroísmo, de que surjan los descubrimientos y broten las innovaciones. Retrocediendo en el tiempo recordemos, por ejemplo, a Joseph de Maistre cuando escribe: “La sangre es el abono para esta planta que se llama genio. Las grandes empresas, los altos conceptos, las virtudes viriles, corresponden principalmente al estado de guerra... La guerra es, pues, divina en sí misma, puesto que es una ley del mundo” (“Consideraciones sobre Francia” 1797); por la misma senda se desliza F. Nietzsche, al decir sin rebozo: “La buena guerra santifica toda causa... La guerra y el valor han logrado cosas más grandes que el amor al prójimo” (“De la guerra y los guerreros”, en “Así habló Zaratustra” 1883), y finalmente un joven Ernst Jünger: “La guerra es la más solemne forma de contacto entre los pueblos... La guerra es un oportunidad de redención” (“Tempestades de acero” 1920).

El corolario de esa argumentación sería entonces que de vez en cuando convendría que estallase alguna guerra, a fin de hacer florecer aquellas virtudes, como si no hubiese en el curso de la vida ocasiones para lo mismo. Lo que demuestran muchos hombres, sumidos en

el infierno de la guerra, es precisamente que son seres humanos, mientras otros se convierten en alimañas.

La guerra ha sido estudiada desde siempre por cronistas y sacerdotes que hacían el papel de portavoces de reyes y capitanes, luego vinieron los geógrafos, los militares escritores, los literatos, los economistas...

Al decir de algunos críticos, fue John Keegan quien innovó el modo de relatar las guerras, introduciendo lo que podríamos llamar el "factor humano". Aun teniendo en cuenta los datos estadísticos, geográficos, históricos..., Keegan exploró el corazón del soldado, sus preocupaciones, lo que pensaba sobre su papel en la guerra. A este fin, utilizó fuentes epistolares, diarios, fotografías..., muy en la línea de la novela histórica, tan de moda hoy en día, pero sin abandonar el carácter científico de sus investigaciones. Este procedimiento de investigación y relato es el que también recorre Ronald Fraser cuando se ocupa de la historia contemporánea de España, por ejemplo en su último libro "Las dos guerras de España" 2012.

Curiosamente, Keegan, a la edad de 13 años, contrajo una tuberculosis que lo dejó cojo, por lo que no pudo prestar servicio de armas como sus compañeros. Quizá esta razón le llevó, como en otros casos parecidos ha ocurrido, a interesarse por una profesión que no podía desempeñar, y estudia Historia en Oxford, hasta que en 1960 gana la cátedra de Historia Militar en la Royal Military Academy of Sandhurst.

Keegan publicó su primer libro en 1971, bajo el título "Barbarroja: la invasión de Rusia, 1941", luego vinieron "El rostro de la batalla", "La naturaleza de la guerra", "Seis ejércitos en Normandía", "Soldados, una historia de los hombres en combate", "La máscara del mando"...

El pasado mes de agosto, John Keegan fallecía en su casa de Kilmington, a los 78 años. El escritor británico, entre otras distinciones, había sido nombrado Oficial de la Orden del Imperio Británico y miembro de la Royal Society of Literature.

Un mes antes de fallecer Keegan apareció en español su libro "Inteligencia militar: conocer al enemigo, de Napoleón a Al Qaeda", publicado en inglés en 2003.

En este libro, Keegan, sin menospreciar el papel de la "inteligencia" militar, reconoce que en muchas ocasiones el azar, una intervención personal etc. dan al traste con los planes mejor concebidos.

Para explicar su teoría pone algunos ejemplos. En 1941 los paracaidistas alemanes tomaron Creta en un alarde de valor, a pesar de que los británicos estaban previamente advertidos; en 1942 la aviación norteamericana resolvió la batalla de Midway al coger descuidada

casualmente a la aviación japonesa; la Batalla del Atlántico constituyó un fracaso para los submarinos alemanes al poner en juego los aliados la táctica de los convoyes.

Si el estilo de historiar de Keegan tuvo su repercusión entre los historiadores militares, no fue menos el efecto causado por sus opiniones sobre la guerra de Vietnam e Irak, favorables en todo caso a la actuación estadounidense.

Sin embargo, la polémica que levantó más polvareda se desarrolló alrededor de la postura que adoptó Keegan en su libro "A History of Warfare", publicado en 1993, en el que ponía en cuestión a Clausewitz, un santón para cualquier historiador militar.

Keegan, muy en su línea rompedora, se atrevió a disentir del prusiano, y en concreto de su teoría de "la guerra total". Textualmente Clausewitz, en el Capítulo Uno de su obra "Sobre la guerra", había escrito: "Por tanto, la guerra es un estado de fuerza destinado a obligar a nuestro enemigo a hacer nuestra voluntad", y un poco más adelante, la guerra es "una continuación de las relaciones políticas, proseguidas con otros medios".

Claro que hay que tener en cuenta que el libro de Clausewitz, "Von Kriege", vio la luz en 1832, todavía bajo el entusiasmo que habían despertado las campañas de Napoleón entre los teóricos militares, mientras que las críticas que le dirige Keegan están fechadas en 1993. En el tiempo transcurrido habían sucedido muchas guerras, en concreto la Guerra Civil norteamericana y las dos guerras mundiales, en las que entraron en juego todas las fuerzas de los países en conflicto, y el concepto de "guerra total" fue llevado a sus últimas consecuencias, con el terrible resultado que todos conocen.

Ya Liddell Hart, en 1946, con su libro "La guerra limitada" y su concepto de la "estrategia de la aproximación indirecta", había llamado la atención sobre las consecuencias de llevar la guerra a su extremo, lo que le ocasionó acervas críticas sobre todo en los EE.UU., donde la recepción de Clausewitz había sido más que entusiasta. En España encontramos un antecedente más remoto del concepto que nosotros llamamos "guerra galana" en las "Reflexiones militares" Turín 1727, de Álvaro Navia Ossorio, marqués de Santa Cruz de Marcenado, sobre el que tuvimos ocasión de escribir en "El control del mar océano y la guerra en el mar en las "Reflexiones militares" del marques de Santa Cruz de Marcenado. Paralelo entre Maquiavelo y Marcenado" 1996.

Ahora, como decíamos, era Keegan quien criticaba a Clausewitz, en base a su consideración de que la guerra es un choque cultural, más que la continuación de la política por otros medios.

¿Sería una casualidad entonces que Samuel Huntington publicase en 1993 su famoso artículo "El choque de civilizaciones", en la estadounidense "Foreign Affairs", en el que preconizaba, desarrollando a A. Toynbee, que los futuros conflictos se sostendrán entre

civilizaciones, con lo que supondría de guerra de exterminio, y que Keegan, el mismo año, como hemos apuntado, diese a la luz su “A history of warfare”, en Londres, en la que sostiene, en contra de Clausewitz, que la guerra es inherentemente cultural? No lo podremos saber nunca, los dos autores han fallecido.

Agrias fueron, sin embargo, las críticas que lanzó a Keegan el historiador norteamericano Christopher Bassford, en su artículo “John Keegan and the Grand Tradition of Trashing Clausewitz”, publicado en 1994, en “War in History”. En este trabajo, Bassford acusa a Keegan de no haber leído atentamente al prusiano, y no haber comprendido las circunstancias políticas en que vivió, críticas vertidas desde el otro lado del Atlántico, donde parece que, como decíamos antes, sigue reinando todavía Clausewitz.

En realidad, unos y otros tenían un poco de razón; el historiador prusiano, antes de morir, había revisado su obra, matizando su primer pensamiento. Fue Raymond Aron el que, en su libro de 1973, “Clausewitz. Pensar la guerra”, puso en claro la postrera corrección del general prusiano, que suponía completar el concepto de la guerra total, con lo que nosotros llamamos “guerra galana”.

Así, Clausewitz, al final del Capítulo Uno, del Libro I y bajo el epígrafe de “Consecuencias para la teoría”, expone lo que denomina “Trinidad paradójica” de la guerra, que se desarrolla en tres etapas: 1ª. Violencia, odio y enemistad, 2ª. Azar y Probabilidad, 3ª. Instrumento de la política. A este nuevo concepto Alonso Baquer lo llama sencillamente “guerra trinitaria” (“A qué llamamos guerra” 2001).

Aún más, en la edición del libro de Clausewitz publicado por el Ministerio de Defensa español, en 1999, se recoge precisamente otra matización más de su propia mano, bajo el título “Dos notas del autor para su proyecto de revisar “De la guerra”, 10 de julio de 1827”. Textualmente, dice así: “La guerra puede ser de dos tipos, en cuanto que el objetivo es o bien derrotar al enemigo, dejándole políticamente aniquilado o militarmente impotente y, así, forzarle a firmar la paz a cualquier precio; o bien solamente ocupar alguno de sus territorios fronterizos con el fin de anexionarlos o utilizarlos para negociar en las conversaciones de paz”.

Respecto a esta edición oficial del Ministerio de Defensa no debemos pasar por alto que, mientras se transcriben varios estudios introductorios de autores extranjeros (Peter Paret, Michael Howard y Bernard Brodie), al parecer no se creyó conveniente contar con la aportación de algún español.

Como decíamos al principio, hoy la guerra es una confrontación en la que intervienen todos los sectores de la sociedad en conflicto; no se trata ya de que las fuerzas de tierra, mar y aire de dos países se enfrenten entre sí al otro lado de las fronteras. Actualmente, en una confrontación están implicadas las fuerzas culturales, económicas, sociales, científicas, de

propaganda..., podríamos decir que se trata de una “guerra total”, sin aparente derramamiento de sangre. A final, aparecen unidos así Clausewitz y Keegan.

Podemos traer a colación, como ejemplo de lo que hoy sería una confrontación del tipo que exponemos, la llamada “Guerra de las Galaxias”, es decir, la “Iniciativa de Defensa Estratégica”, propuesta por Ronald Reagan en su discurso del 23 de marzo de 1983, en el que habló de “las armas de ataque desde el espacio” y del uso del espacio como base de operaciones, cuyos solos planteamientos convulsionaron tanto a la entonces Unión Soviética, que su régimen, al no poder seguir el ritmo de inversiones que les marcaban los norteamericanos, entró en crisis, poniéndose fin así a la Guerra Fría.

Sin embargo, es el terrorismo el que más insidiosamente ha penetrado en nuestras sociedades, hasta el punto de que algunos sectores sociales han interiorizado aquellas acciones criminales, sintiéndose culpables de su propio sufrimiento, en aras de la pobreza, la desigualdad, la injusticia... que existe en el mundo; sentimiento de culpa que para ellos merece su propio castigo; es decir, el mundo al revés, una auténtica inversión ética, lo que constituye desde luego el triunfo del terrorismo nihilista.

El clima de violencia que se ha instalado en las sociedades occidentales queda reflejado, por ejemplo, en algunas películas, y curiosamente en algunos reportajes sobre la Naturaleza que inundan muchas televisiones, en los que se recrean hasta la saciedad las escenas en que los carnívoros devoran una y otra vez pequeños animales indefensos.

Ante estos horizontes tan brumosos, la sociedad no debe quedar indefensa, sobre todo sus clases más abandonadas. Como constata Ballesteros Martín, en “Fundamentos de la estrategia para el siglo XXI” 2003: “En un mundo que parece alejar la posibilidad de grandes guerras como las vividas por la humanidad en el siglo pasado, donde las arma nucleares de las grandes potencias ejercen una disuasión eficaz para este tipo de conflictos, surge un mundo más inestable por la aparición de riesgos capaces de convertirse en una amenaza y en daño sin haber sido capaces de detectar su escalada”.

Todo ello explica que actualmente las Fuerzas Armadas se vean comprometidas en nuevas tareas, que desbordan las clásicas de defensa del territorio; así lo recogen por lo menos las Estrategias Nacionales de Seguridad de muchos países, que poco a poco ven ampliados sus cometidos más allá de los propios de la Defensa.

Cuando los desafíos a la Seguridad y la Defensa proceden de lejanas fronteras pueden exigir incluso una intervención de varios países, que siempre debe llevarse a cabo bajo el amparo de las Naciones Unidas. Estas intervenciones colectivas no siempre son de carácter militar, por lo que se requiere la configuración de una nueva estrategia de seguridad y defensa que afecte a los más amplios sectores de la sociedad.

Todo esto nos lleva a preguntarnos si la puesta en práctica de los planes de seguridad y defensa debe tener algún límite de carácter ético, si puede afectar a los derechos fundamentales, individuales y sociales. Nuestra respuesta es que desde luego se debe evitar que la ampliación de las competencias estatales o de carácter privado en materia de seguridad y defensa invada los límites que precisamente le marcan los derechos que pretende defender; con la disculpa de controlar los posibles riesgos no se pueden vulnerar aquellos derechos.

Desde luego, cualquiera que sea la estrategia que se estudie y se ponga en práctica su objetivo final debe estar enfocado a la búsqueda de la paz, tanto a nivel de cada país como en el ámbito internacional.

Esto nos lleva a realizar una digresión especulativa. Si las guerras, las confrontaciones que han tenido lugar a lo largo de los tiempos, reflejan perfectamente el fracaso de la sociedad, ¿qué decir del sentido de la Historia, o es que la Historia no tiene sentido? ¿Existe entonces una Historia sin sentido o debemos hablar del sinsentido de la Historia?

La guerra es desde luego un mal que sufre la sociedad a manos de unos desaprensivos, no es preciso acudir al Mal con mayúscula para explicarla. Solo falta entonces lanzarse en manos del azar o el destino para negar cualquier transcendencia a la Historia, y encontrarnos al potro del refrán en el campo de batalla.

Metidos en este jardín, del que no nos va a sacar O. Spengler y su “La decadencia de Occidente” 1923, ni A. Toynbee con su no menos famoso “Estudio de la Historia” 1961, podemos recurrir a Sánchez Ferlosio, que en “God and Gun. Apuntes de polemología” 2008, es de la opinión de que la guerra la hacen los poderosos y la sufren los demás; algo de esto dijo ya Marco A. Lucano en la “Farsalia” (Gredos, 1984): “La causa vencedora plugo a los dioses, pero la vencida a Catón”.

Un paso más allá, en el quicio del precipicio, y a lomos del potro en cuestión, se nos aparece A. Glucksmann, que en “La tercera muerte de Dios” 2000, se atreve a gritar “La culpa del Mal la tiene un Dios que no existe”.

*Miguel Ángel Serrano Monteavaro
Analista del IEEE*